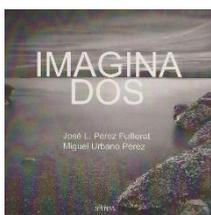


**José Sarria**

# Imagina Dos



Por José Sarria

**“Imagina Dos”**

**José L. Pérez Fuillerat y Miguel Urbano Pérez**  
**Ediciones del Genal. Málaga 2016.**

“ImaginaDos” es una edición dual, a dos manos, donde Ediciones del Genal recoge en un mismo volumen los poemas de José Luis Pérez Fuillerat y las imágenes de Miguel Urbano Pérez. Texto y fotografía se unen para hacer más plásticos, si cabe, a los poemas y estos, a la vez, contribuyen a recrear y metaforizar a las ilustraciones.

José Luis Pérez Fuillerat nos invita, desde su obra, silente y reflexiva, a la contemplación, más que a la simple lectura. Una contemplación que aumenta en compañía de las propuestas visuales de Miguel Urbano. En esa propuesta contemplativa, el poeta elabora un discurso con el que sugiere descifrar la realidad y su sentido, un espacio en donde personajes y entornos han dejado de ser lo que significan para reunirse en el espacio donde habita la intemperie del poeta que experimenta con el orden trascendente de la palabra. El poema, en José Luis, se transmuta en invitación para superar lo incomprensible, para deshacer y desintegrar una realidad que, por imperfecta, se le hace inadmisible: “Como potro salvaje, desbocado, / llegó el poeta a revolverlo todo, / diciendo que la luna es transparente” (p.45).

Los poemas de “ImaginaDos” constituyen una pléyade de hermosos textos, elaborados desde la perspectiva de una experiencia fragmentada que el poeta articula a modo de soliloquio existencialista, en donde con versos rotundos o anáforas definitivas: “Tan solo he sido tiempo .../... Tan solo he sido huella .../... Tan solo he sido sombra .../... Tan solo he sido fiebre .../... El destino ha borrado / el tiempo y la huella, / la sombra y la fiebre” (p.65), el poeta asume su vocación de constructor de un nuevo orden. “Lo permanente lo instauran los poetas”, decía Hölderlin.

Pérez Fuillerat modula el libro como éxodo vitalista, una travesía de la conciencia, un intento por entender y aceptar el universo donde el continuum de los hechos vividos pudieran ser presa de un nihilismo personal: “¿Os parece trivial morir sin dejar huella” (p.117), pero que deviene en proclama esperanzada en la voz del poeta: “y están

dispuestos –los poetas- a perder / la oportunidad de vivir / si quedara, al menos, / el testimonio sucesivo / de su último verso” (p.53).

Nuestro poeta, desde su interpretación lírica del mundo, recrea, a partir de la deconstrucción del cosmos inmediato, su particular paraíso. “Sin imaginación, enajenados, / no podremos salvar las pocas cosas / que los poetas siempre identifican” (p.31). Convoca con esta muestra a otros poetas: “Ungido de amistad, convoco a los poetas” (p.35), sabedor de que su alquimia, su alambicada palabra, tiene la capacidad de hacer posible un nuevo orden, alcanzar el Paraíso perdido, tal y como lo expresa, intensamente, en el poema “Laboratorio”: “Un camino ideal ha sido abierto / para entender la vida y sus misterios” (p.39). Y esta función renovadora, de transformación de la mirada, es la que José Luis Pérez propone en su texto, tal y como nos enseñó Rimbaud: “La poesía pretende cambiar la vida”.

Una vida que, pudiera parecer presencia de lo arrebatado y de lo aniquilado, tal y como el autor lo expresa en el poema “Estamos solos” (p.23) o en estos dolientes versos: “pues frecuentemente quedamos solitarios, / enclaustrados en la orilla del episodio final, / a la espera de que alguien nos diga / que la vida sirve para algo” (p.113). El contraste de experiencias cotidianas se engarzan con el fluir de la conciencia del poeta donde confluyen y se encastran pasado, presente y futuro insertos en la misma realidad objetiva, para analizar, reflexionar, acerca de la condición de la existencia humana: libertad, responsabilidad individual, emociones, significado de la vida y de la muerte, que conforman la integridad de una misma realidad poliédrica. Ese monólogo o salmodia interior sostiene el discurrir de todo el poemario. El poeta quiere conectar con la eternidad al enfrentarse no solo con los objetos y sus hábitos, sino con la más profunda y solemne significación de la vida, transustanciando la vivencia personal en experiencia poética. Nos dijo Alejandra Pizarnick que: “Escribes poemas porque necesitas un lugar en donde sea lo que no es” y es el caso de Pérez Fuillerat quien con esta exposición poética nos invita a ser invadido o conquistado, a dejar fluir la imaginación, los recuerdos, las fantasías y vivencias, a concitar tiempos y espacios para invocar el milagro de la eternidad, de la totalidad, desde la fragilidad de lo que conocemos, de lo cercano e inmediato: “Levántate y anda, para huir de la manada / de borregos inútiles” (p.13).

Cabe destacar, finalmente, la maestría con que son concebidas las propuestas líricas de Pérez Fuillerat, quien siendo todo un experto conocedor de la construcción poética,

dominador, sin fallas, del oficio y el lenguaje, eleva al mismo con una fortaleza indubitada y una cadencia rítmica de significado valor lírico. Decía Pound que el poeta no puede escribir algo que no sea capaz de decir en una conversación. Y este es el caso, también, de José Luis Pérez, en quien precisión y claridad se dan la mano, quien haciendo alarde de un tono asequible, es capaz de establecer un discurso poético profundo e intensamente reflexivo. Sin embargo, su verso conforma toda una singular cosmogonía, pues no se detiene en los objetos, experiencias o recuerdos de su vida, como meros elementos descriptivos, sino que los erige en discurso connotativo que invita, una y otra vez, a la reflexión en una reformulación metafórica de la realidad.

“ImaginaDos” es, sin duda, una hermosa invitación a la reflexión, una propuesta de aceptación final del significado más franco de la vida, de la comprensión del universo, que no es otra cosa que llegar al nítido convencimiento de que estamos abocados a la muerte y al olvido y que el único pulso real, preciso y verdadero es el de los hechos cotidianos, el de la existencia.

# Esta momentánea eternidad



Por José Sarria

“Esta momentánea eternidad”.  
Raquel Lanseros.  
Colección Visor de Poesía (Madrid, 2016).

Fue Rimbaud el que nos enseñó que: “La poesía pretende cambiar la vida. No piensa embellecerla como piensan los estetas y los literatos, ni hacerla más justa o buena, como sueñan los militantes o moralistas. Mediante la palabra, el poeta, consagra la experiencia de los hombres y las relaciones entre el hombre y el mundo, entre el hombre y su propia conciencia”. Así, el escritor, el poeta, se transforma en un ser distinto al resto de los individuos, en el sentido de que tiene la capacidad de nacer donde acaba el hombre, al decir de Ortega y Gasset, de extensionarse donde los demás cierran sus posibilidades. Desde esa terraza nace la obligación moral y creativa del poeta para establecer una visión del mundo distinta y ofrecer su posición en el mundo, para mejorarlo, para cambiarlo.

Esta es la reflexión primera que se desprende al leer “Esta momentánea eternidad. Poesía reunida (2005-2016)”, de Raquel Lanseros, un libro que reúne en una misma entrega la totalidad de la obra de la poeta jerezana. Más de una década de construcción poética en donde encontramos los libros *Leyendas del promontorio* (2005), *Diario de un destello* (2006), *Los ojos de la niebla* (2008), *Croniría* (2009) y *Las pequeñas espinas son pequeñas* (2013), junto a otros poemas aparecidos en diferentes publicaciones y algunos inéditos. Una poética en donde coexiste una “defensa del discurso esencial de la poesía” (en palabras de Morales Lomas) que se sustenta desde un mensaje lírico impregnado de la presencia constante de lo arrebatado, la indagación última de la belleza y el compromiso con el hombre, que constituyen el fundamento desde el que la autora reivindica la necesidad de reelaborar o reinterpretar la realidad a fin de retornar al paraíso perdido o lo que es lo mismo, una apuesta por transformar la vida. Un esfuerzo por superar lo incomprensible que subsiste en el mundo, para desintegrar y deconstruir un entorno que, por imperfecto, deviene en inadmisibles. Y en el fondo de todo, la sonora determinación por lo definitivo: la búsqueda de la belleza y el amor por la vida.

Desde una observación rebelde del entorno conocido (“Que no crezca jamás en mis entrañas / esa calma aparente llamada escepticismo”), Lanseros ofrece una reelaboración lírica de la vida, que se edifica desde la meditación por las cuestiones del mundo, en la mirada de la distancia, en la mirada contemplativa de la poeta (“el mundo se origina en las distancias”, escribe Ilse Aichinger, en su poema “Paseo”), en sus pequeñas circunstancias, para “transformar los silencios en pájaros” (p.19) y con ello ofrecer una emotiva lectura poética del transcurso vital, pero de otra manera, recreada al modo del poema “Pido el silencio” de Pablo Neruda: “Pero porque pido el silencio / no crean que voy a morirme: / me pasa todo lo contrario: / sucede que voy a vivirme” y, desde esa tribuna, elevar una visión diferente de la existencia que alcanza su cima en poemas mágicos, emotivos, como el “Himno a la claridad”, en donde encontramos versos tan nobles como éstos: “Sé que tengo sentido porque vivo, / y sé que no hay dolor ni menoscabo / que puedan inmolar esta fortuna / de ser en el presente, de existir, / de sentirme el orfebre del instante. .../... Yo soy mi propio riesgo. .../... No hay verdad más profunda que la vida” y que testimonian su pasión por la vida, por el amor, por la belleza.

La de Lanseros es una voz que trasciende del instante por el efecto lírico de anulación de la temporalidad. Su palabra se instala en un universo en donde ha logrado detener el fluir del tiempo, confundiendo pasado y presente y transformando la memoria en texto. Texto por el que transitan la maestra Beatriz Orieta o el prófugo Yago Bazal, dos de los más espléndidos poemas del libro, y que junto a otras tantas entregas líricas configuran la llave que nos abre a la epifanía de la belleza y de la plenitud, al descubrimiento de la esencia oculta de la realidad en donde se magnifica la beldad a través de la celebración de la vida; una vida que ha sido sublimada en el alambique de la poética, bajo la firme convicción de compromiso con la palabra y con el hombre, porque tal y como ha señalado Antonio Gamoneda: “creación literaria que no lleve consigo conciencia no es creación”.

A pesar de su juventud, Raquel Lanseros ha elaborado a lo largo de esta década una propuesta trascendente, un mensaje de clara indagación reflexiva dotado de una madurez inusual en los poetas de su generación. Un discurso que asume la más elevada tradición poética española de cuya alfaguara nuestra poeta es bien conocedora, haciendo de la suya una voz que se alza por encima de caminos trazados, de marcas, de senderos preestablecidos y que deriva en el particular universo de la autora; un espacio repleto de emociones, donde su interpretación existencial y su capacidad expresiva concibe poemas tan rotundos como “Himno a la claridad”, “Contigo” o “A propósito de Eros”, en cuyo

firmamento Lanseros propone el diálogo vital, la pasión por la palabra, la contemplación del mundo, la celebración de la vida, para establecer, al modo de Alejandra Pizarnik, “un lugar en donde sea lo que no es”.

Nos encontramos, sin duda, ante una poeta verdadera, una creadora que ha hecho de su obra estación de salida y llegada, con estos precisos versos, contenidos en su definitivo poema “Contigo”: “Mil veces he deseado averiguar quién soy. .../... No está en mí la verdad, cada segundo / es un fugaz intento de atrapar lo inasible. .../... Nada más os reclamo. / Poned en mi sepulcro las palabras”.